





# ANALOGÍA DE UNA REVOLUCIÓN



# Analogía de una revolución

EL PULSO SILENCIOSO  
DE UN MUNDO EN CRISIS:  
UNA MEDITACIÓN SOBRE LA  
REVOLUCIÓN QUE GERMINA  
EN LO INVISIBLE

JESÚS DE DIOS RODRÍGUEZ



Círculo Rojo  
EDITORIAL

Primera edición: junio 2026

Depósito legal: SE 2341-2026

ISBN: 979-13-7060-327-4

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Jesús de Dios Rodríguez

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo

[www.editorialcirculo rojo.com](http://www.editorialcirculo rojo.com)

[info@editorialcirculo rojo.com](mailto:info@editorialcirculo rojo.com)

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.

## **Agradecimiento y reconocimiento:**

Quiero expresar mi más profundo agradecimiento al *Excmo. Sr. D. Juan Díez Nicolás* por el honor de prologar esta obra. Su generosidad intelectual, unida a su cercanía personal, ha sido para mí una fuente constante de aprendizaje y una guía imprescindible para comprender la complejidad del mundo contemporáneo. A través de nuestra amistad he podido observar con mayor claridad cómo se transforma el orden global, cómo emergen nuevas dinámicas internacionales y de qué manera estos procesos inciden en los comportamientos y en el desarrollo de las sociedades, tanto en el ámbito nacional como en el internacional. Su mirada lúcida y su capacidad para interpretar la realidad han enriquecido no solo estas páginas, sino también mi propia forma de entender nuestro tiempo.

Las contribuciones de Juan Díez Nicolás continúan siendo referencias fundamentales para el estudio de la sociología, la ciencia política y el análisis social. Su enfoque empírico, su rigor metodológico y su habilidad para desentrañar los cambios estructurales que ha experimentado España lo convierten en un autor esencial para comprender las dinámicas sociales contemporáneas. En un país que enfrenta desafíos como la digitalización, la inmigración, la polarización política o los profundos cambios demográficos, las herramientas conceptuales y analíticas que él desarrolló mantienen plena vigencia. Su énfasis en la observación empírica y en el estudio de la opinión pública resulta hoy más necesario que nunca para interpretar fenómenos sociales cada vez más complejos.

Su perspectiva multidisciplinaria —capaz de integrar sociología, demografía, educación y política— permite abordar la realidad española desde ángulos complementarios, ofreciendo una comprensión profunda de su estructura y evolución. Ese enfoque amplio y a la vez preciso constituye una de las mayores riquezas de su legado académico.

El legado científico de Juan Díez Nicolás es incuestionable, no solo por la amplitud de sus publicaciones, sino también por su influencia en la formación de nuevas generaciones de investigadores. Su compromiso con la investigación aplicada y su participación en el diseño de políticas públicas en ámbitos como la educación, la natalidad o la cultura han contribuido de manera decisiva a consolidar una sociología con impac-

Agradecimiento y reconocimiento:

to real en la sociedad española. Ha demostrado que es posible combinar la excelencia académica con un profundo compromiso con la realidad social, aportando conocimiento riguroso y, al mismo tiempo, orientado al bien común.

Juan Díez Nicolás es, sin duda, una figura indispensable para comprender los profundos cambios que ha vivido España en los últimos cincuenta años. Desde los últimos años de la dictadura hasta la consolidación democrática, su análisis sociológico ha proporcionado claves esenciales para interpretar los procesos de transformación que han marcado la historia reciente del país. Gracias a su trabajo, hoy disponemos de una radiografía precisa, documentada y coherente de la evolución social española, lo que lo convierte en un referente imprescindible para quienes buscan entender no solo el pasado, sino también los desafíos del presente.

# Índice

Agradecimiento y reconocimiento: .....	7
Prologo.....	17
Introducción. Hacia una teoría de la mutación silenciosa: cultura, técnica y ecología en la reconfiguración contemporánea .....	19

## Primera parte

### **Mutaciones del Poder: Una Teoría General de las Revoluciones en el Contexto de la Globalización**

---

#### **Capítulo I**

##### **La revolución: El arte humano del cambio..... 25**

La revolución como metamorfosis: una lectura filosófica e histórica.	29
La revolución como giro completo: cambio de polo y de órbita.....	31
Revoluciones clásicas y revoluciones contemporáneas: el giro completo como metáfora de nuestro tiempo .....	32
Revolución francesa y revolución digital: visibilidad e impacto en la vida cotidiana.....	34

#### **Capítulo II**

##### **¿Qué entendemos por “revolución”?**

##### **Naturaleza, manifestaciones y alcances de los procesos revolucionarios ..... 37**

Revoluciones de abajo hacia arriba: la necesidad de vivir de otro modo .....	38
Revoluciones de arriba hacia abajo: la necesidad de reordenar el poder.....	39
Revoluciones híbridas: cuando la historia se escribe con dos manos ...	40

¿Coinciden los motivos y los fines? .....	43
Conclusión.....	44

## **El punto en común**

### **La revolución como ruptura y como continuidad del poder ..... 45**

Revoluciones que nacen desde la sublevación del pueblo: El hartazgo como punto de partida.....	46
Organización vs. espontaneidad.....	46
Revoluciones que utilizan a la masa como instrumento .....	47
La masa reducida a objeto de manipulación.....	47
La masa reducida a objeto de manipulación.....	47
Técnicas de conducción de la masa .....	49
Masa, pueblo y liderazgo: una relación ambivalente.....	50
La masa como pluralidad oculta .....	50
La articulación política: entre emancipación y dominio.....	52
El papel inevitable del liderazgo.....	52
Revolución auténtica vs. revolución secuestrada.....	54
Indicadores de una revolución genuinamente popular .....	54
Señales de una revolución manipulada o secuestrada .....	55
Indicadores de una revolución manipulada o secuestrada.....	55
El papel de la conciencia crítica .....	56
Una síntesis incómoda.....	57

## **Capítulo III**

### **Tipos de revoluciones..... 59**

Reflexión crítica: hacia una tipología de las revoluciones.....	59
Revoluciones políticas: transformación del poder y legitimidad del Estado .....	59
La Revolución Inglesa (1642–1688).....	60
Las guerras civiles .....	60
El Protectorado de Cromwell .....	61
Distribución del poder y exclusión social.....	61
Cromwell como dictador.....	62
La influencia de la burguesía.....	62

Conclusión.....	62
La Revolución francesa (1789–1799) .....	64
Causas y contextos .....	65
Cronología esencial .....	65
Abolición de privilegios y Declaración de Derechos: el desmontaje del orden feudal y el nacimiento de la igualdad jurídica.....	67
Reforma institucional: la Constitución de 1791 y la arquitectura política de la nueva Francia.....	69
Ciudadanía activa y pasiva: la revolución limitada .....	70
Un proyecto modernizador con límites.....	72
Guerra, república y radicalización (1792–1794) .....	74
Termidor y el Directorio (1794–1799) .....	76
18 de Brumario: el golpe que cerró un ciclo .....	77
Sansculottes y clases populares urbanas: la fuerza insurgente de la calle.....	79
Una revolución hecha de múltiples voces.....	83
Estado moderno: entre la eficacia administrativa y la mirada vigilante .....	91
Conclusión.....	94
La revolución estadounidense (1776) .....	96
La guerra de independencia .....	97
La revolución rusa (1917).....	106
Revolución estadounidense de 1776 vs Revolución rusa de 1917: dos revoluciones, dos legitimidades.....	111

## **Capítulo IV**

### **Revoluciones y sus consecuencias..... 125**

La revolución como genealogía del poder .....	125
Revoluciones como motores de nuevas legitimidades: una comparación histórica profunda .....	129
Cuando la historia estalla: revoluciones en el ámbito político, social, cultural, industrial, tecnológico y digital que han transformado el mundo. ....	147

## Capítulo V

### Las revoluciones silenciosas ..... 157

Exposición de la revolución silenciosa como fuerza subterránea de la historia .....	158
Transforman la vida antes que las leyes .....	158
No tienen líderes, sino multitudes anónimas .....	159
Cambian la subjetividad humana .....	160
Consecuencias profundas y duraderas.....	160
La paradoja de lo silencioso .....	164
Conclusión.....	165
Revoluciones silenciosas del presente .....	166
El murmullo que transforma:	
revoluciones silenciosas y cambio social .....	170
Ecos históricos: Cromwell y las dinámicas de autoridad que resurgen en la política contemporánea.....	172
Similitudes estructurales entre el periodo de Cromwell y ciertas dinámicas de las extremas derechas contemporáneas.....	173
Comunidad vigilada: de la pureza cromwelliana a las identidades excluyentes del presente.....	177
Gobernar desde la crisis: la excepcionalidad como vía hacia el poder concentrado .....	180
El enemigo dentro: genealogía histórica de la amenaza interna como herramienta política .....	182
Cuando el desacuerdo se rompe: la política convertida en guerra moral.....	185
La nación moralizada: cómo la política convierte la vida pública en un campo de batalla total.....	187
Criterios de ciudadanía y exclusión democrática: de los filtros censitarios del siglo XVII a las nuevas tentaciones restrictivas del siglo XXI .....	193
Comparación histórica: ecos persistentes entre el siglo XVII y las democracias del siglo XXI.....	204

**Segunda Parte**  
**La revolución silenciosa del mundo global: mutaciones culturales, tecnológicas y ecológicas frente al proyecto neocapitalista**

---

**Capítulo VI**

**Integración en el ensayo: fuerzas discretas del cambio y ejemplos históricos ..... 213**

Ejemplos históricos de revoluciones silenciosas .....	214
El mito de la mano oculta: crítica filosófica y sociológica a la supuesta influencia masónica en las revoluciones .....	219
Las logias como laboratorios del Estado moderno.....	221
Una afinidad filosófica: la masonería como proyecto de emancipación moral.....	225
La Segunda República: un renacimiento intelectual y cívico .....	228
La dictadura franquista: de espacio de sociabilidad a enemigo absoluto .....	229
La Transición: reapertura, cautela y reconstrucción.....	230
La masonería en la España contemporánea: un espacio renovado...	231
La secularización: el cambio como emancipación del destino.....	233
El capitalismo: el cambio como motor perpetuo.....	234
Convergencias: la modernidad como metafísica del cambio.....	235
La crisis de las grandes narrativas: el fin del horizonte común .....	236

**Capítulo VII**

**Revoluciones silenciosas desde el poder ..... 243**

Contrapunto argumental.....	247
Como punto final podemos hacer el siguiente análisis .....	250
El porvenir de las revoluciones silenciosas.....	257
La herencia neoliberal en el futuro.....	260
La revolución digital en el horizonte.....	262
Condicionamientos para el siglo XXI .....	264
La síntesis de los pilares .....	270

**Capítulo VIII**  
**Las revoluciones como ruptura del orden insostenible..... 273**

Causas principales de las revoluciones.....274  
Crisis políticas y falta de legitimidad.....277  
Resistencia al cambio por parte de las élites .....284

**Capítulo IX**  
**¿Es necesaria una nueva revolución en el presente contexto de descontento social? ..... 289**

Factores actuales que alimentan el descontento.....290  
Crisis política y representativa: instituciones alejadas, corrupción y desconfianza en los partidos.....293  
Genealogías de la crisis política y representativa.....296  
Transformaciones tecnológicas: digitalización e inteligencia artificial entre la promesa y el riesgo .....300  
Genealogía de las revoluciones tecnológicas: de la imprenta a la inteligencia artificial .....303  
Emergencia climática: incapacidad gubernamental, frustración ciudadana y movilización social .....306

**Capítulo X**  
**Conflictos geopolíticos: guerras, migraciones y tensiones internacionales en la reconfiguración del orden mundial ..... 313**

Genealogías de los conflictos geopolíticos: Westfalia, Guerra Fría y migraciones imperiales .....316  
Reflexión crítica: ¿ruptura revolucionaria o mutación silenciosa? ...318  
Movimiento climático: el ecologismo como crítica al crecimiento ilimitado .....322  
Movimiento climático y genealogía de las rupturas civilizatorias....324  
Nueva ética: responsabilidad intergeneracional y límites planetarios.....326

Genealogía intelectual de la nueva ética .....	330
Prácticas cotidianas: hábitos que reconfiguran la vida social .....	332
Movimiento feminista: transformación cultural más allá de los derechos formales .....	336
Ensayo filosófico: movimiento feminista y redistribución del poder.....	338
Ensayo filosófico: La revolución del cuidado como gramática política .....	341
El movimiento digital y las nuevas formas de organización .....	345
Democratización del conocimiento y crisis de los monopolios culturales.....	347

## **Capítulo XI**

### **Riesgos de control y la revolución silenciosa digital.. 351**

Reflexión crítica sobre las revoluciones silenciosas y la reescritura del consenso .....	355
Genealogía del consenso liberal-democrático (1945–2008) .....	364
Liberalismo, neoliberalismo y la revolución silenciosa.....	370
Feminismo y la crítica de la democracia incompleta .....	377
Neoliberalismo excluyente y la cooptación de los movimientos feministas y LGTBIQ+.....	383
¿Cómo influye la agenda 2030? .....	388
Intersección con el movimiento LGTBIQ+ .....	392
Reflexión genealógica .....	394
Escenario híbrido .....	396
Hacia un nuevo consenso éticoinfraestructural: genealogía de una revolución silenciosa.....	397

## **Capítulo XII**

### **Sobre la ciudadanía, la penumbra política y el dominio neocapitalista..... 411**

¿Cómo combatir las revoluciones silenciosas? .....	413
Resistencia cultural: reconstruir la conciencia y el imaginario colectivo .....	417

Resistencia económica: reconstruir el control sobre la vida material .....421

Resistencia tecnológica: recuperar el control sobre las herramientas que organizan la vida .....424

**Nota del autor**

**La revolución silenciosa que nos atraviesa..... 439**

Bibliografía.....445

## Prologo.

Jesús de Dios Rodríguez plantea en este libro una cuestión que está en la mente de una gran mayoría de los ciudadanos, la incertidumbre actual por el futuro de la Humanidad, o al menos el de las sociedades occidentales. Es cierto que en cualquier época de la Historia los protagonistas de los cambios no son conscientes de los cambios sociales a los que asisten. Los historiadores, a posteriori, ponen nombres a los distintos períodos, pero los que vivieron la Ilustración nunca fueron conscientes de que estaban viviendo la Ilustración. Pero en la actualidad los protagonistas somos plenamente conscientes de los cambios que estamos viviendo. Eso se debe a que el cambio social es ahora mucho más acelerado que nunca. Una persona que nació en el reinado de Felipe II viviría y moriría en una sociedad internacional y nacional prácticamente idéntica durante toda su vida. En primer lugar, porque esa persona nació con una esperanza de vida de solo 30 años, y por tanto los cambios que presenció a lo largo de solo tres décadas no fueron excepcionales. Hoy, una persona que nace en España tiene una esperanza de vida de 80 años, y por tanto vivirá muchísimos más cambios que los que ya tienen 40 o 50 años, por el simple hecho de vivir más años.

Pero no es solo la más larga esperanza de vida de las nuevas generaciones. Se trata de que el cambio social es, y ha sido siempre, fruto del cambio tecnológico. Siempre que ha habido un cambio tecnológico importante se han producido también grandes cambios sociales. Coincido con Jesús de Dios Rodríguez en que la Revolución actual no es puntual, como lo fueron la Francesa o la Soviética. Pero creo que las grandes revoluciones de la Humanidad han sido generalmente silenciosas, originadas por algún cambio muy importante en la tecnología (cultura material), pero con consecuencias durante años o incluso siglos (la invención de la imprenta, la de la máquina de vapor, o la muy reciente de Internet). El autor hace un muy interesante “travelling” histórico al analizar un gran número de Revoluciones hasta llegar a la actual. Coincide el autor también con Ronald Inglehart, que denominó Revolución Silenciosa a la que se produjo después de la Segunda Guerra Mundial en el cambio de valores, desde los valores materialistas de las sociedades tradicionales a los nuevos valores post materialistas de las sociedades post industriales.

Prologo.

Lo peculiar de esta revolución, según Rodríguez, es que es una revolución desde arriba, desde el propio sistema capitalista, o como el mismo indica: “un proceso de mutación estructural que atraviesa el neocapitalismo, la globalización y las democracias liberales, alterando sus fundamentos sin recurrir a la ruptura explícita”.

En mi opinión, la Revolución a la que se refiere Jesús de Dios Rodríguez no es ni más ni menos que el intento por establecer un Nuevo Orden (Gramsci). Pero para establecer el Nuevo Orden hay que destruir el Viejo Orden. Por eso, el Nuevo Orden que intenta establecer un amplio sector del capitalismo anglosajón (sobre todo el financiero), es el de adecuar la organización política a la económica. Como la organización económica se ha globalizado, la política debería globalizarse, y por ello defienden la idea de que se necesita una organización política mundial (o al menos en Occidente), razón por la que han recibido el nombre de “globalistas”, pues frente al proceso de globalización, que tiene el mismo objetivo, pero sin forzar las etapas, el “globalismo” quiere el estado supra nacional ya, sin esperar a que llegue de manera natural y con más tiempo. Es evidente que la globalización, como proceso que se inició y ha continuado desde que el ser humano apareció en la Tierra, no sabemos cuándo finalizará, pero es distinto al “globalismo”, que es el intento por establecer cuanto ante un estado supra nacional, como una obra de ingeniería social.

Espero que el autor, en un nuevo libro, nos desvele su opinión sobre como terminará esta situación en la que el neocapitalismo pretende establecer un Nuevo Orden. ¿Logrará su propósito de acabar con el Viejo Orden o se encontrará con dificultades? ¿Aceptarán las sociedades el Nuevo Orden? ¿Cuál será la principal oposición a este intento revolucionario? Soy consciente de que son preguntas difíciles de responder, pero Rodríguez ha demostrado en este libro su capacidad para la reflexión, y por tanto esperamos que después de su desmenuzamiento del pasado y su análisis del presente, nos desvele su pronóstico sobre el futuro.

Finalizo con mi felicitación al autor, y con una duda sobre el título, pues más que una Analogía de una Revolución, debido a la enorme cantidad de bibliografía consultada y comentada, el libro podría legítimamente titularse Antología o Anatomía de una Revolución.

***Juan Díez Nicolás***

*Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*

## Introducción

### Hacia una teoría de la mutación silenciosa: cultura, técnica y ecología en la reconfiguración contemporánea

El prólogo ha planteado la idea central de este libro: la existencia de una revolución silenciosa que, desde mediados del siglo XX, ha venido transformando las estructuras fundamentales de nuestra vida colectiva. Ahora, corresponde adentrarnos en el análisis detallado de sus múltiples dimensiones y en la exploración de las preguntas que este fenómeno suscita.

La introducción cumple aquí una función de tránsito: enlaza la reflexión general con el desarrollo sistemático de los capítulos, ofreciendo al lector un mapa conceptual que le permita orientarse en el recorrido. No se trata de repetir lo ya dicho, sino de situar la problemática en un horizonte más amplio, de señalar las tensiones que atraviesan nuestro tiempo y de anticipar los ejes que guiarán la argumentación.

Hay momentos en la historia en los que el cambio se manifiesta con estrépito: estallidos, rupturas, gestos heroicos que marcan un antes y un después. Pero existen otros momentos —más sutiles, más inquietantes— en los que la transformación avanza sin ruido, como una corriente subterránea que no busca ser vista, pero que altera desde dentro la forma misma del mundo. Nuestra época pertenece a esta segunda categoría.

Desde mediados del siglo XX, una revolución silenciosa ha comenzado a reconfigurar las estructuras fundamentales de nuestra vida colectiva. No se anuncia, no se proclama, no se exhibe. Se infiltra. Se desliza entre los pliegues de la cultura, la técnica y la ecología, modificando sin estridencias aquello que creíamos estable.

Este libro nace de la necesidad de pensar esa mutación. No para fijarla en un concepto definitivo —sería imposible—, sino para trazar una analogía que permita orientarse en medio de un proceso que, por su propia naturaleza, rehúye la visibilidad. La revolución silenciosa no es un acontecimiento: es un clima. No es un acto: es una atmósfera. No es un punto de ruptura: es una deriva que, acumulada, transforma lo posible.

La cultura contemporánea se ha convertido en un laboratorio inestable donde los valores, las narrativas y las identidades se reescriben a una velocidad que desestabiliza tanto la memoria como las formas de pertenencia. Como señala a través de la obra, *«la cultura se transforma en un mercado de signos»*, un espacio donde las afiliaciones se eligen, se ensayan y se abandonan con la misma rapidez con que circulan las imágenes.

La pluralidad, celebrada como conquista, convive con una inquietud persistente: la sensación de que nada es suficientemente firme como para sostener un compromiso duradero. La identidad se vuelve proyecto, la memoria se vuelve disputa, el reconocimiento se vuelve negociación.

Y sin embargo, incluso en esta fluidez, la necesidad de un mundo común persiste. La cultura no es solo circulación de signos: es el espacio donde los seres humanos aparecen unos ante otros, donde sus palabras dejan rastro. Cuando los relatos se fragmentan y las identidades se vuelven móviles, lo común corre el riesgo de diluirse.

La tarea cultural de nuestro tiempo consiste en inventar formas de estabilidad que no clausuren la pluralidad, y formas de pluralidad que no destruyan la posibilidad de comunidad. La memoria, en este contexto, deja de ser un archivo pasivo para convertirse en una práctica política: preservar no es nostalgia, sino resistencia frente a la entropía del olvido.

La técnica ha dejado de ser un instrumento para convertirse en un horizonte. La digitalización y la inteligencia artificial no solo amplían nuestras capacidades: reconfiguran la experiencia misma. Como afirma la obra, *«la técnica se convierte en destino»*, y con ello lo real se reorganiza como un conjunto de elementos disponibles, calculables, administrables.

La aceleración tecnológica comprime el tiempo, adelgaza las mediaciones y expone al sujeto a un presente continuo donde comprender se vuelve más difícil que procesar. La subjetividad se reorganiza bajo el imperativo de la optimización: la vida se mira a sí misma como un tablero de indicadores que deben ajustarse.

Pero esta transformación no es unívoca. La tecnología puede reducir la experiencia a dato, pero también puede abrir nuevas formas de estar juntos. Puede intensificar la vigilancia, pero también ampliar la imaginación. Puede homogeneizar, pero también multiplicar las voces.

La pregunta decisiva ya no es si podemos vivir sin tecnología —no podemos—, sino cómo queremos habitarla. Cómo resistir la tentación de convertirlo todo en información. Cómo preservar la opacidad, el misterio, la lentitud. Cómo recuperar la capacidad de contemplar en un mundo que exige actualizarse sin descanso.

La crisis ecológica es el espejo más implacable de nuestra época. No es un accidente ni un desvío: es el resultado de una forma de habitar el mundo que trató la naturaleza como un depósito inagotable y la técnica como un medio para dominarla.

El planeta, con sus límites innegociables, obliga a revisar no solo nuestras prácticas económicas, sino la propia idea de progreso. La modernidad separó naturaleza y sociedad; hoy esa frontera se derrumba. La ecología se convierte en un horizonte filosófico que redefine lo que significa existir.

Pensar ecológicamente implica reconocer que la humanidad no avanza sobre un fondo natural pasivo, sino dentro de una red de interdependencias que nos precede y nos excede. Progresar ya no puede significar crecer sin medida, sino aprender a vivir dentro de umbrales que permitan la continuidad de la vida.

La ecología, así entendida, no es un campo especializado: es una pedagogía de los límites. Una invitación a imaginar un futuro donde la expansión sea reemplazada por el equilibrio, la acumulación por el cuidado, la dominación por la cohabitación.

La revolución ya no es un acontecimiento visible, sino un proceso que reconfigura la continuidad misma. No necesita héroes porque se sostiene en la multiplicidad de gestos mínimos que, acumulados, alteran el orden.

La política se vuelve capilar: se juega en la vida cotidiana, en las prácticas culturales, en las decisiones tecnológicas, en la conciencia ecológica. El sujeto revolucionario ya no es un individuo excepcional, sino una red de acciones dispersas que, sin reclamar protagonismo, generan nuevas formas de existencia.

Esta mutación redefine también la temporalidad de lo político. La revolución heroica se apoyaba en la visibilidad del acontecimiento; la revolución silenciosa se inscribe en la textura de lo cotidiano. No interrumpe la continuidad: la reconfigura desde dentro.

*Analogía de una revolución* no pretende clausurar el pensamiento con respuestas definitivas. Aspira a abrir un espacio donde la reflexión pue-

## Introducción

da acompañar al lector en la tarea de pensar un mundo que cambia sin anunciarse.

Las preguntas que lo atraviesan —sobre la técnica, la ecología, la identidad, la memoria, el progreso— no buscan resolverse, sino mantenerse vivas. Porque la revolución silenciosa no es un fenómeno externo: es el pulso mismo de nuestra época.

Comprenderla no significa detenerla, sino aprender a habitarla con lucidez, responsabilidad y creatividad. Allí, en ese gesto, comienza la verdadera analogía: la de un mundo que muta y una humanidad que intenta, una vez más, reinventar su lugar en él.

## **Primera parte**

# **Mutaciones del Poder: Una Teoría General de las Revoluciones en el Contexto de la Globalización**



## Capítulo I

### La revolución: El arte humano del cambio

Hay palabras que parecen contener un mundo entero, palabras que no se dejan atrapar por una sola definición porque vibran en demasiadas direcciones. *Revolución* es una de ellas. Pronunciarla es convocar imágenes de multitudes en las calles, de planetas girando en silencio, de motores que laten, de figuras geométricas que se despliegan en el espacio. Es una palabra que gira, que se repliega sobre sí misma, que se expande. Una palabra que, como su propio significado, nunca permanece quieta.

En su raíz más antigua, revolución es simplemente el acto de revolver. Un movimiento que trastoca el orden, que altera la quietud, que impide que la materia se estanque. Revolver es impedir la muerte del agua, del pensamiento, de la costumbre. Es el gesto primigenio del cambio: una mano que agita, un cuerpo que se mueve, una idea que se remueve en la conciencia. Antes de toda teoría política, antes de toda órbita celeste, la revolución es un impulso vital.

Pero cuando la palabra se pronuncia en voz alta, cuando se la deja caer en una conversación, casi siempre convoca su acepción más ardiente: la revolución política y socioeconómica. Ese momento en que una comunidad decide que ya no puede seguir siendo lo que era. La revolución es entonces un estallido: un quiebre del tiempo. Lo que antes parecía eterno se revela frágil; lo que parecía imposible se vuelve urgente. No siempre es un acto de violencia, pero siempre es un acto de ruptura. Una sociedad que se mira al espejo y no se reconoce. Un pueblo que se levanta, que se subleva, que exige un nuevo pacto con la historia.

Hay revoluciones que nacen de la teoría, pero otras brotan del hambre, del cansancio, del deseo de dignidad. Son levantamientos populares, movimientos que no esperan permiso ni calendario. En ellos, la revolución no es un programa: es un latido. Una multitud que se convierte en sujeto histórico, que abandona la pasividad y se arroja al vértigo de lo desconocido. Toda revolución, incluso la más organizada, tiene algo de este impulso visceral: un pueblo que decide respirar de otra manera.

Pero no todas las revoluciones necesitan calles incendiadas. Algunas ocurren en silencio, en laboratorios, en fábricas, en bibliotecas, en pantallas. Son las revoluciones tecnológicas, científicas, culturales: cambios

tan profundos que reconfiguran la vida sin necesidad de proclamas. La revolución industrial transformó la relación del ser humano con el trabajo. La revolución digital transformó la relación del ser humano consigo mismo. La revolución científica transformó la relación del ser humano con el universo. Son revoluciones sin héroes visibles, pero con consecuencias que alcanzan cada rincón de la existencia.

En el cielo, la palabra revolución adquiere una serenidad distinta. Una revolución es simplemente el viaje completo de un astro alrededor de otro. La Tierra gira alrededor del Sol sin prisa, sin ruido, sin ideología. Y sin embargo, ese movimiento determina nuestras estaciones, nuestros calendarios, nuestras vidas. La revolución astronómica nos recuerda que el cambio no siempre es estruendo: a veces es un ciclo, un retorno, una danza cósmica que se repite desde antes de que existiera la historia.

En la geometría, la revolución es un acto creativo: una figura que gira alrededor de un eje y se convierte en un sólido. Un círculo que se vuelve esfera. Un rectángulo que se vuelve cilindro. Aquí la revolución es un arte: el arte de transformar lo plano en volumen, lo estático en tridimensional. Es una metáfora perfecta de la vida: basta un giro para que lo que parecía limitado se abra a nuevas dimensiones.

En la mecánica, la revolución es una vuelta completa, un giro que permite que un motor funcione, que un engranaje avance, que una máquina cobre vida. Las revoluciones por minuto son el pulso de la tecnología, el ritmo de la industria, el latido metálico del mundo moderno. Aquí la revolución no es ruptura, sino repetición. Un recordatorio de que el movimiento constante también es una forma de estabilidad.

Así, la palabra revolución se despliega en múltiples planos: físico, político, social, cósmico, geométrico, mecánico. Pero en todos ellos late una misma idea: nada permanece inmóvil. La revolución es la ley secreta del universo y de la historia. Es la fuerza que nos empuja a cambiar, a girar, a reinventarnos. A veces con estruendo, a veces con silencio, pero siempre con la certeza de que el movimiento es la única forma de vida.

A lo largo de la historia, las sociedades han atravesado procesos de transformación que no pueden comprenderse únicamente como cambios graduales o ajustes institucionales. En determinados momentos, la continuidad se interrumpe y emerge un fenómeno radical: la revolución. Para captar la naturaleza profunda de estos episodios, resulta

útil recurrir a analogías que iluminen su carácter estructural. Una de las más sugerentes es la comparación entre la revolución y la metamorfosis biológica, particularmente la transformación de una oruga en mariposa. Esta imagen, lejos de ser un recurso literario, permite articular una comprensión filosófica del cambio histórico como ruptura ontológica.

En su fase inicial, la sociedad previa a la revolución puede ser entendida como la oruga: un organismo funcional, adaptado a un entorno específico, pero limitado por patrones heredados. La oruga avanza lentamente, repitiendo ciclos conocidos, del mismo modo que una sociedad estable reproduce instituciones, valores y estructuras que, aunque operativas, comienzan a mostrar signos de agotamiento. La Inglaterra de comienzos del siglo XVII ofrece un ejemplo claro: un sistema político basado en la monarquía absoluta y en tradiciones medievales que ya no respondían a las tensiones religiosas, económicas y parlamentarias emergentes. Como en otros contextos históricos, la estructura parecía estable, pero acumulaba contradicciones que acabarían por desbordarla.

Sin embargo, llega un punto en que la continuidad deja de ser sostenible. Las tensiones acumuladas, las contradicciones internas y las nuevas demandas sociales generan un umbral crítico. Es entonces cuando se inicia la fase de crisálida, equivalente al periodo revolucionario. En esta etapa, la estructura anterior se desintegra parcial o totalmente. La crisálida es un espacio de oscuridad y turbulencia: la oruga se disuelve en un estado amorfo antes de reorganizarse en una forma completamente distinta. De manera análoga, la revolución implica caos, conflicto, incertidumbre y la suspensión temporal del orden previo. La Revolución Inglesa de 1642, con su guerra civil, la ejecución de Carlos I y la instauración del Protectorado de Cromwell, constituye un ejemplo paradigmático de este estado liminal: un país atrapado entre la monarquía tradicional y un experimento republicano sin precedentes, sin que ninguna de las dos formas estuviera plenamente consolidada.

La historia ofrece múltiples ejemplos de este momento intermedio: la Inglaterra de 1642, donde el enfrentamiento entre el Parlamento y la monarquía estuardiana desencadenó una guerra civil que dismanteló el orden político tradicional sin que el nuevo modelo —republicano, protectoriano o restaurado— estuviera aún claro; la Francia de 1789, donde el Antiguo Régimen se desmoronó sin que la nueva república estuviera aún definida; la Rusia de 1917, atrapada entre la caída del za-

rismo y la consolidación del poder soviético; o incluso las revoluciones científicas descritas por Thomas Kuhn, donde un paradigma entra en crisis antes de que otro logre imponerse. En todos los casos, la crisálida representa un tiempo de indeterminación radical.

Finalmente, la sociedad que emerge tras la revolución puede compararse con la mariposa. La mariposa no es una oruga mejorada: es un ser distinto, con nuevas capacidades, nuevas formas de interacción y una relación transformada con su entorno. Así ocurre con las sociedades revolucionadas: el nuevo orden no es una simple reforma del anterior, sino una configuración cualitativamente diferente. La revolución, en este sentido, no solo altera instituciones, sino que redefine la naturaleza misma del sistema social. La mariposa, sin embargo, también es frágil en sus primeros momentos, lo que recuerda que los proyectos revolucionarios suelen atravesar fases de consolidación incierta.

Otras analogías refuerzan esta interpretación. El cambio brusco de rumbo en una trayectoria lineal ilustra la ruptura con la continuidad histórica. La enfermedad que requiere un tratamiento drástico muestra cómo un sistema puede necesitar una intervención radical para sobrevivir. La reprogramación de un sistema operativo antiguo para instalar uno nuevo evidencia que, en ocasiones, la única forma de avanzar es sustituir la lógica interna del sistema por otra completamente distinta. Todas estas imágenes convergen en una misma idea: la revolución es un proceso de transformación profunda que no puede reducirse a la mejora de lo existente, sino que implica la creación de algo nuevo.

Desde una perspectiva filosófica, esta concepción de la revolución como metamorfosis invita a reflexionar sobre la naturaleza del cambio histórico. ¿Es la revolución un fenómeno inevitable cuando las estructuras sociales alcanzan su límite? ¿Es un acto de destrucción o de creación? ¿Es un salto hacia lo desconocido o la culminación de un proceso latente? La metáfora de la metamorfosis sugiere que la revolución es ambas cosas: destrucción y creación, caos y reorganización, muerte y nacimiento. La historia, en este sentido, no avanza únicamente por acumulación, sino también por discontinuidades que reconfiguran su curso.

Comprender la revolución como metamorfosis permite, por tanto, situarla en un marco más amplio que el puramente político. La revolución se convierte en un fenómeno vital, casi biológico, que expresa

la capacidad de las sociedades para reinventarse cuando las formas heredadas ya no pueden sostenerlas. Y, como en la metamorfosis, el resultado final no es previsible desde el punto de partida: la mariposa no está contenida en la oruga como un simple desarrollo lineal, sino como una posibilidad latente que solo se actualiza mediante una ruptura radical.

### **La revolución como metamorfosis: una lectura filosófica e histórica**

A lo largo de la historia, las sociedades han atravesado procesos de transformación que no pueden comprenderse únicamente como cambios graduales o ajustes institucionales. En determinados momentos, la continuidad se interrumpe y emerge un fenómeno radical: la revolución. Para captar la naturaleza profunda de estos episodios, resulta útil recurrir a analogías que iluminen su carácter estructural. Una de las más sugerentes es la comparación entre la revolución y la metamorfosis biológica, particularmente la transformación de una oruga en mariposa. Esta imagen, lejos de ser un recurso literario, permite articular una comprensión filosófica del cambio histórico como ruptura ontológica.

En su fase inicial, la sociedad previa a la revolución puede ser entendida como la oruga: un organismo funcional, adaptado a un entorno específico, pero limitado por patrones heredados. La oruga avanza lentamente, repitiendo ciclos conocidos, del mismo modo que una sociedad estable reproduce instituciones, valores y estructuras que, aunque operativas, comienzan a mostrar signos de agotamiento. Desde una perspectiva histórica, este estadio corresponde a los periodos de estabilidad prolongada, donde la evolución social se produce de manera incremental y sin alterar la forma fundamental del sistema.

Sin embargo, llega un punto en que la continuidad deja de ser sostenible. Las tensiones acumuladas, las contradicciones internas y las nuevas demandas sociales generan un umbral crítico. Es entonces cuando se inicia la fase de crisálida, equivalente al periodo revolucionario. En esta etapa, la estructura anterior se desintegra parcial o totalmente. La crisálida es un espacio de oscuridad y turbulencia: la oruga se disuelve en un estado amorfo antes de reorganizarse en una forma completamente distinta. De manera análoga, la revolución implica caos, conflicto, incertidumbre y la suspensión temporal del orden previo. No

se trata simplemente de un episodio de agitación política, sino de un proceso liminal en el que lo viejo muere y lo nuevo aún no ha nacido.

La historia ofrece múltiples ejemplos de este momento intermedio: la Francia de 1789, donde el Antiguo Régimen se desmoronó sin que la nueva república estuviera aún definida; la Rusia de 1917, atrapada entre la caída del zarismo y la consolidación del poder soviético; o incluso las revoluciones científicas descritas por Thomas Kuhn, donde un paradigma entra en crisis antes de que otro logre imponerse. En todos los casos, la crisálida representa un tiempo de indeterminación radical.

Finalmente, la sociedad que emerge tras la revolución puede compararse con la mariposa. La mariposa no es una oruga mejorada: es un ser distinto, con nuevas capacidades, nuevas formas de interacción y una relación transformada con su entorno. Así ocurre con las sociedades revolucionadas: el nuevo orden no es una simple reforma del anterior, sino una configuración cualitativamente diferente. La revolución, en este sentido, no solo altera instituciones, sino que redefine la naturaleza misma del sistema social. La mariposa, sin embargo, también es frágil en sus primeros momentos, lo que recuerda que los proyectos revolucionarios suelen atravesar fases de consolidación incierta.

Otras analogías refuerzan esta interpretación. El cambio brusco de rumbo en una trayectoria lineal ilustra la ruptura con la continuidad histórica. La enfermedad que requiere un tratamiento drástico muestra cómo un sistema puede necesitar una intervención radical para sobrevivir. La reprogramación de un sistema operativo antiguo para instalar uno nuevo evidencia que, en ocasiones, la única forma de avanzar es sustituir la lógica interna del sistema por otra completamente distinta. Todas estas imágenes convergen en una misma idea: la revolución es un proceso de transformación profunda que no puede reducirse a la mejora de lo existente, sino que implica la creación de algo nuevo.

Desde una perspectiva filosófica, esta concepción de la revolución como metamorfosis invita a reflexionar sobre la naturaleza del cambio histórico. ¿Es la revolución un fenómeno inevitable cuando las estructuras sociales alcanzan su límite? ¿Es un acto de destrucción o de creación? ¿Es un salto hacia lo desconocido o la culminación de un proceso latente? La metáfora de la metamorfosis sugiere que la revolución es ambas cosas: destrucción y creación, caos y reorganización, muerte y nacimiento. La historia, en este sentido, no avanza únicamente por

acumulación, sino también por discontinuidades que reconfiguran su curso.

Comprender la revolución como metamorfosis permite, por tanto, situarla en un marco más amplio que el puramente político. La revolución se convierte en un fenómeno vital, casi biológico, que expresa la capacidad de las sociedades para reinventarse cuando las formas heredadas ya no pueden sostenerlas. Y, como en la metamorfosis, el resultado final no es previsible desde el punto de partida: la mariposa no está contenida en la oruga como un simple desarrollo lineal, sino como una posibilidad latente que solo se actualiza mediante una ruptura radical.

### **La revolución como giro completo: cambio de polo y de órbita**

Pensar la revolución como un giro completo que altera el polo o la órbita de un sistema nos obliga a salir de la imagen reducida de la revolución como mera sustitución de actores o como cambio superficial de estructuras. La metáfora astronómica —la Tierra girando sobre su eje o desplazándose alrededor del sol— nos recuerda que una revolución implica una transformación radical de la dirección y del centro de gravedad, es decir, un cambio en el modo mismo en que el sistema se organiza y se sostiene. No se trata de un movimiento parcial ni de una reforma gradual, sino de una torsión que reconfigura las coordenadas fundamentales de la existencia.

En este sentido, la revolución no puede entenderse como un acontecimiento aislado, sino como un proceso que altera la lógica interna de un orden. Cuando la Tierra completa su giro, no solo cambia de posición, sino que redefine la relación entre luz y sombra, entre estaciones y climas, entre día y noche. De manera análoga, una revolución cultural, política o tecnológica no se limita a desplazar actores, sino que modifica las condiciones de posibilidad de la vida en común. Cambia el centro de gravedad: lo que antes organizaba el sentido deja de ser el eje, y nuevas fuerzas emergen para estructurar la experiencia.

La revolución, concebida como giro orbital, también introduce la idea de periodicidad y de retorno. No es un gesto único que clausura la historia, sino un movimiento que, al completarse, abre un nuevo ciclo. La revolución no destruye el tiempo, lo reorganiza. En este plano, la revolución es tanto ruptura como recomposición: rompe con el eje anterior, pero al mismo tiempo establece un nuevo orden que se convierte

en referencia. La metáfora astronómica nos permite comprender que toda revolución implica simultáneamente continuidad y discontinuidad, permanencia y cambio.

La implicación filosófica de esta concepción es profunda. Una revolución no es simplemente un acto heroico ni un acontecimiento visible, sino una mutación estructural que altera la manera en que los sujetos se relacionan con el mundo. Cambiar el polo significa transformar el eje de orientación: lo que antes era norte puede convertirse en sur, lo que antes era centro puede desplazarse a la periferia. Cambiar la órbita significa redefinir el horizonte de movimiento: el sistema ya no gira en torno al mismo sol, sino que encuentra otro foco de atracción. La revolución, entonces, es un cambio de mundo, no solo un cambio en el mundo.

En la historia, las grandes revoluciones —políticas, científicas, culturales— han operado precisamente como giros completos. La revolución copernicana desplazó el centro de gravedad del universo del hombre y de la Tierra hacia el sol, alterando la manera en que la humanidad se concebía a sí misma. La revolución francesa no solo cambió gobernantes, sino que transformó la noción de soberanía y de ciudadanía. La revolución digital no se limita a introducir nuevas herramientas, sino que redefine la órbita de la vida cotidiana, reorganizando el tiempo, la memoria y la identidad. En todos estos casos, lo decisivo no es el gesto heroico, sino la mutación del eje y del centro de gravedad.

Hablar de revolución como giro completo nos permite, por tanto, recuperar su densidad filosófica. No es un simple cambio de dirección, sino una alteración de la estructura que sostiene el movimiento. No es un acontecimiento aislado, sino un proceso que reorganiza la totalidad. No es un gesto heroico, sino una mutación silenciosa que, al completarse, muestra que el mundo ya no es el mismo. La revolución, en este sentido, es la experiencia de un nuevo horizonte: el descubrimiento de que el centro ha cambiado y que la órbita nos conduce hacia territorios inéditos.

### **Revoluciones clásicas y revoluciones contemporáneas: el giro completo como metáfora de nuestro tiempo**

La metáfora del giro completo nos permite establecer un contraste fecundo entre las revoluciones clásicas —visibles, heroicas, inscritas en la épica del acontecimiento— y las revoluciones contemporáneas —silenciosas, orbitales, inscritas en la textura de las mutaciones cotidianas.

Ambas comparten la condición de alterar el centro de gravedad de un sistema, pero difieren en su forma de manifestarse y en la manera en que inscriben el cambio en la historia.

Las revoluciones clásicas se caracterizan por su visibilidad y por la construcción de un relato heroico. La llamada Revolución inglesa del siglo XVII, la revolución francesa, la independencia de las colonias americanas, las insurrecciones obreras del siglo XIX: todas ellas se presentaron como irrupciones súbitas que rompían con el orden establecido y que se legitimaban en la figura del héroe colectivo. El cambio se expresaba en gestos contundentes —la toma de la Bastilla, la proclamación de una constitución, la huelga general— que condensaban la ruptura en un acontecimiento visible. La revolución clásica era un giro completo que se mostraba como espectáculo, como escena fundacional que reorganizaba la órbita de la política y de la sociedad.

Las revoluciones contemporáneas, en cambio, se manifiestan como mutaciones silenciosas que no necesitan proclamarse para alterar el eje de la vida. La digitalización, la crisis ecológica, la transformación de las identidades, la aceleración tecnológica: todas estas son revoluciones orbitales que cambian el centro de gravedad sin producir un acontecimiento heroico. El giro completo se realiza en la cotidianidad, en la manera en que usamos dispositivos, en cómo nos relacionamos con el planeta, en cómo narramos nuestras pertenencias. No hay un día inaugural ni un gesto épico, pero el mundo se transforma de manera radical. La revolución contemporánea es menos visible, pero más profunda, porque altera las condiciones de posibilidad de la existencia desde dentro.

La metáfora del giro completo ilumina nuestro presente porque nos permite comprender que la revolución no ha desaparecido, sino que ha cambiado de forma. En las revoluciones clásicas, el giro era visible y heroico: el sistema se desplazaba de manera abrupta y el relato épico legitimaba la ruptura. En las revoluciones contemporáneas, el giro es silencioso y orbital: el sistema se reconfigura gradualmente, y el relato se construye en la acumulación de mutaciones que, al completarse, muestran que el mundo ya no es el mismo.

Este contraste revela que la revolución no es solo un acontecimiento político, sino una condición estructural de la historia. La revolución clásica nos enseñó que el cambio podía ser heroico y visible; la revolu-

ción contemporánea nos recuerda que el cambio puede ser silencioso y cotidiano. Ambas son giros completos que alteran el centro de gravedad, pero mientras una se inscribe en la épica del acontecimiento, la otra se inscribe en la textura de la vida.

La lección filosófica es clara: nuestro tiempo exige aprender a reconocer las revoluciones orbitales, aquellas que no se anuncian con gestos heroicos pero que transforman de manera radical la condición humana. La metáfora del giro completo nos ayuda a ver que la revolución sigue siendo posible, aunque su forma ya no sea la del héroe en la plaza, sino la de la mutación silenciosa que reorganiza la órbita de nuestra existencia.

### **Revolución francesa y revolución digital: visibilidad e impacto en la vida cotidiana**

El contraste entre la revolución francesa y la revolución digital permite ilustrar con claridad cómo la metáfora del giro completo se expresa de manera distinta en las revoluciones clásicas —visibles, heroicas— y en las contemporáneas —silenciosas, orbitales. Ambas transforman el centro de gravedad de la vida social, pero lo hacen con formas y efectos radicalmente diferentes.

La revolución francesa, inscrita en el siglo XVIII, se manifestó como un acontecimiento visible y heroico. Su epicentro fue la plaza pública, el gesto de la toma de la Bastilla, la proclamación de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, la caída de la monarquía. La visibilidad era parte de su fuerza: las multitudes en las calles, los símbolos derribados, los discursos encendidos. El impacto en la vida cotidiana se producía a través de cambios abruptos en las instituciones: nuevas leyes, nuevas formas de soberanía, nuevas estructuras de poder. La revolución francesa reorganizó la órbita política y social de Europa, desplazando el centro de gravedad desde el derecho divino hacia la soberanía popular. El giro completo se expresaba en la ruptura con el antiguo régimen y en la instauración de un nuevo orden que se legitimaba en la visibilidad del acontecimiento.

La revolución digital, en cambio, se desarrolla como una mutación silenciosa y orbital. No hay un día inaugural ni un gesto heroico que condense el cambio. Su epicentro no es la plaza pública, sino la vida cotidiana: el uso de dispositivos móviles, la circulación de datos, la interacción en redes sociales, la automatización de procesos. La visibilidad

es difusa, porque el cambio se inscribe en prácticas mínimas que parecen triviales —enviar un mensaje instantáneo, consultar información en línea, almacenar datos en la nube— pero que, acumuladas, transforman radicalmente la manera de vivir. El impacto en la vida cotidiana es profundo: modifica la percepción del tiempo, la relación con el trabajo, la construcción de la identidad, la forma de la memoria. La revolución digital reorganiza la órbita de la existencia, desplazando el centro de gravedad desde la materialidad de los objetos hacia la inmaterialidad de los flujos de información. El giro completo se expresa en la transformación silenciosa de la experiencia, donde lo humano se redefine en relación con lo digital.

El contraste revela dos modos de revolución. La francesa fue visible, heroica, condensada en gestos que marcaron un antes y un después. La digital es silenciosa, orbital, inscrita en mutaciones que no necesitan proclamarse para alterar el mundo. Ambas son giros completos: la primera cambió el eje de la soberanía, la segunda cambia el eje de la vida cotidiana. La metáfora del giro completo ilumina nuestro presente porque nos permite comprender que, aunque las revoluciones ya no se expresen en gestos heroicos, siguen siendo transformaciones radicales que alteran el centro de gravedad de la existencia.

La revolución francesa nos enseñó que el cambio podía ser visible y épico; la revolución digital nos recuerda que el cambio puede ser silencioso y cotidiano. En ambos casos, el mundo ya no es el mismo después del giro. La diferencia está en la forma de inscribir la transformación: la épica del acontecimiento frente a la textura de la mutación.



## Capítulo II

### ¿Qué entendemos por “revolución”? Naturaleza, manifestaciones y alcances de los procesos revolucionarios

Las revoluciones pueden entenderse como momentos de ruptura histórica en los que un orden social, político o económico se ve cuestionado hasta sus cimientos. No surgen de la nada: emergen cuando una tensión latente —acumulada durante años o décadas— encuentra finalmente una vía de expresión colectiva. Son, en esencia, el punto en el que una sociedad deja de aceptar lo que antes consideraba inevitable.

Desde una perspectiva académica y filosófica, las revoluciones pueden adoptar dos grandes formas, tan distintas en su origen como en su lógica interna.

Por un lado, existen aquellas que brotan desde abajo, nacidas del descontento de la multitud. Son el resultado de una acumulación de agravios, desigualdades y frustraciones que, llegado un umbral crítico, se transforman en insurrección. En estos casos, la masa se convierte en sujeto político: irrumpe en la escena pública, desborda las instituciones y reclama un nuevo orden. La revolución aparece entonces como un acto de afirmación colectiva, una exigencia de dignidad frente a un sistema que ya no puede sostenerse.

Por otro lado, hay revoluciones que no nacen del clamor popular, sino de la acción calculada de actores poderosos. Conglomerados económicos, élites financieras o líderes ambiciosos pueden desencadenar transformaciones profundas sin necesidad de movilizaciones masivas. A través de la acumulación de poder —económico, mediático o institucional— son capaces de moldear la opinión pública, orientar el malestar social y manipular a las masas para que actúen en función de intereses que no les pertenecen. En estos casos, la revolución no es una expresión de emancipación, sino un instrumento para consolidar proyectos particulares, a menudo opacos y egoístas.

Así, las revoluciones no deben concebirse únicamente como estallidos populares ni como conspiraciones de élite, sino como fenómenos complejos donde se entrecruzan fuerzas sociales, deseos colectivos y es-

¿Qué entendemos por “revolución”?

trategias de poder. Lo que las motiva, en última instancia, es la tensión entre un orden que se agota y la voluntad —popular o elitista— de instaurar otro distinto. En ese espacio ambiguo, entre la esperanza de transformación y la tentación de dominio, es donde las revoluciones encuentran su verdadero significado.

Las revoluciones suelen presentarse como estallidos repentinos, pero en realidad son procesos largos, complejos y llenos de tensiones acumuladas. Lo fascinante —y a la vez inquietante— es que pueden nacer de impulsos muy distintos y, por tanto, conducir a destinos radicalmente opuestos.

Podemos distinguir claramente dos grandes direcciones en la génesis de las revoluciones: las que emergen de abajo hacia arriba, impulsadas por la multitud y las que se imponen de arriba hacia abajo, diseñadas o conducidas por élites.

Pero que compartan la palabra “revolución” no significa que compartan motivos, lógicas ni finalidades. De hecho, lo más interesante es que, aunque a veces se parezcan en la superficie —cambio abrupto, ruptura del orden, transformación del poder—, en su esencia suelen responder a impulsos radicalmente distintos.

Vamos a desgranarlo con más detalle:

### **Revoluciones de abajo hacia arriba: la necesidad de vivir de otro modo**

A lo largo de la historia, las grandes transformaciones sociales no siempre han surgido desde los palacios ni desde los centros de decisión, sino desde las calles, los talleres, los campos y los barrios donde la vida cotidiana se vuelve insoportable. Son revoluciones que brotan desde abajo, impulsadas por un malestar que se acumula lentamente hasta hacerse insoportable. Surgen cuando la desigualdad deja de ser una estadística y se convierte en una herida abierta; cuando la humillación cotidiana erosiona la dignidad; cuando el poder se vuelve abuso; cuando los derechos se evaporan; cuando la crisis económica o política se siente como un derrumbe interior. En esos momentos, la gente no pide retoques ni reformas superficiales: pide aire, pide espacio para existir, pide que su voz deje de ser un murmullo ignorado.

Estas irrupciones populares tienen un carácter profundamente emancipador. No buscan simplemente reemplazar a unos gobernantes por otros, sino alterar un orden que ya no garantiza justicia ni bienestar.

Aunque puedan aparecer desordenadas, contradictorias o incluso susceptibles de ser manipuladas, su impulso inicial es vital, casi biológico: nace de la necesidad de recuperar la dignidad perdida, de afirmar que la vida merece algo más que sobrevivir bajo estructuras que asfixian.

En el fondo, estas revoluciones son recordatorios históricos de que las sociedades no pueden sostenerse indefinidamente sobre la injusticia. Son momentos en los que la multitud, cansada de esperar, decide reescribir su destino. No actúan desde la estrategia calculada, sino desde la urgencia de vivir de otro modo. Y en esa urgencia, en esa mezcla de rabia, esperanza y vulnerabilidad, se revela una verdad antigua: que los cambios más profundos suelen comenzar cuando quienes no tienen nada que perder deciden reclamarlo todo.

### **Revoluciones de arriba hacia abajo: la necesidad de reordenar el poder**

No todas las revoluciones nacen del hambre o de la rabia popular. Algunas se gestan en silencio, en los pasillos donde se decide el destino de millones sin que esos millones tengan voz. Son revoluciones diseñadas desde arriba, impulsadas por quienes ya controlan los resortes del poder y temen perderlos. No responden al sufrimiento de la gente, sino a los cálculos fríos de élites económicas, tecnócratas blindados, conglomerados financieros, potencias que mueven fichas a distancia o líderes que buscan ampliar su dominio bajo la apariencia de renovación.

En estos procesos, el motor no es la justicia, sino la autopreservación. Se reorganiza el sistema para que siga beneficiando a los mismos actores, aunque cambien los nombres, los discursos o las instituciones. Se habla de “modernización”, de “estabilidad”, de “reformas necesarias”, pero el objetivo real es asegurar que el orden existente no se desmorone. Se ajustan las reglas del juego para que el tablero siga siendo propiedad de quienes lo diseñaron. La población, en este esquema, no es sujeto político: es un elemento a gestionar, un cuerpo social que debe ser conducido, neutralizado o moldeado para que no interfiera.

Estas revoluciones verticales funcionan como mecanismos de contención. Son maniobras preventivas para evitar que el descontento popular se convierta en una amenaza real. Históricamente, han servido para blindar privilegios, sofocar tensiones y reconfigurar el poder sin cederlo. Analíticamente, revelan una verdad incómoda: que el poder no solo se ejerce mediante la fuerza, sino mediante la capacidad de redefi-

¿Qué entendemos por “revolución”?

nir el orden social sin que parezca una imposición. Son cambios que se presentan como avances, pero que en realidad buscan que nada esencial cambie.

Desde una mirada combativa, estas transformaciones son recordatorios de que la lucha por la emancipación no solo se libra contra la opresión directa, sino también contra las formas más sutiles de dominación: aquellas que se disfrazan de progreso, de racionalidad técnica o de necesidad histórica. Son revoluciones que no abren horizontes, sino que los estrechan; que no liberan, sino que reorganizan las cadenas para que resulten menos visibles.

### **Revoluciones híbridas: cuando la historia se escribe con dos manos**

Hay épocas en las que la historia parece avanzar a golpes de multitud, y otras en las que se mueve al ritmo calculado de los poderosos. Pero existen momentos más complejos, más turbios, en los que ninguna de estas fuerzas basta por sí sola. Son los tiempos de las revoluciones híbridas, esos procesos en los que la calle y las élites se entrelazan en un baile incómodo, a veces cómplice, a veces traicionero, siempre decisivo.

A diferencia de las revoluciones puras —las que brotan desde abajo como un incendio o las que descienden desde arriba como un decreto—, las revoluciones híbridas nacen en la zona gris donde ambos impulsos se encuentran. Surgen cuando el malestar popular se vuelve demasiado intenso para ser ignorado, pero también cuando ciertos sectores del poder perciben que el viejo orden ya no les sirve, que se ha vuelto un edificio agrietado que amenaza con derrumbarse sobre ellos mismos.

Históricamente, estas revoluciones aparecen en momentos de fractura: cuando las élites ya no pueden gobernar como antes y el pueblo ya no quiere ser gobernado como siempre. En ese intersticio, la revuelta popular se convierte en una herramienta que algunos actores poderosos intentan dirigir, contener o aprovechar. Y, al mismo tiempo, la población movilizada intenta usar las fisuras del poder para avanzar sus propias demandas.

El resultado es un proceso que no pertenece del todo a nadie. La calle empuja con la fuerza de la necesidad; las élites maniobran con la astucia de la supervivencia. La historia avanza, pero lo hace con dos manos: una que golpea y otra que calcula.

Las revoluciones híbridas son, por naturaleza, ambiguas. Pueden comenzar como estallidos emancipadores y terminar como reacomodos de élites. Pueden nacer como maniobras estratégicas y desbordarse por la energía de la multitud. Pueden abrir horizontes inéditos y, al mismo tiempo, generar nuevas formas de control.

Son procesos donde la esperanza y la manipulación conviven, donde la emancipación y la restauración se disputan el mismo escenario. La ambigüedad no es un accidente: es su condición estructural. En ellas, la historia no avanza en línea recta, sino en espiral, con avances y retrocesos, con conquistas que se mezclan con concesiones.

Desde una mirada histórica, estas revoluciones muestran que el poder nunca es monolítico. Las élites se fracturan, los grupos dominantes se dividen, las alianzas se reconfiguran. Y en esas grietas se cuele la energía popular, que puede ser tanto motor de cambio como combustible para nuevas formas de dominación.

Desde una mirada literaria, podrían describirse como novelas corales: historias donde ningún personaje controla del todo la trama, donde los héroes pueden convertirse en villanos y los villanos en aliados inesperados, donde el desenlace no está escrito hasta la última página.

Desde una mirada filosófica, revelan que la política no es un enfrentamiento entre dos bloques puros, sino un campo de fuerzas en constante mutación. La emancipación no es un acto único, sino una lucha continua contra la captura, la cooptación y la restauración.

Las revoluciones híbridas contienen una promesa: la posibilidad de que la energía popular desborde los cálculos de las élites y abra caminos nuevos. Pero también encierran un riesgo: que esa misma energía sea absorbida, domesticada o desviada hacia proyectos que no buscan liberar, sino reorganizar el dominio.

Son momentos en los que la historia se vuelve maleable, pero también vulnerable. Momentos en los que todo puede cambiar, pero nada está garantizado. Momentos en los que la calle y el poder se miran, se necesitan y se temen.

En definitiva, las revoluciones híbridas son el recordatorio de que la historia no se escribe con una sola voz. Se escribe en la tensión entre la necesidad de vivir de otro modo y la voluntad de quienes quieren seguir mandando. Y en esa tensión, en ese choque de fuerzas, se decide si el cambio será una apertura real o una nueva máscara del mismo poder.

¿Qué entendemos por “revolución”?

### **Tres formas de transformación, una misma encrucijada**

Cuando se ponen en relación estas tres formas de cambio —desde abajo, desde arriba e híbridas— aparece con claridad una constatación incómoda: la historia no se mueve por fuerzas limpias ni por sujetos inocentes. La revuelta popular puede nacer de la necesidad de justicia, pero no está a salvo de la manipulación ni de la captura; las maniobras desde arriba pueden presentarse como reformas inevitables, pero suelen ser estrategias de conservación; y las formas híbridas, lejos de ser síntesis armoniosas, son campos de batalla donde se cruzan intereses, miedos y esperanzas en una trama difícil de descifrar. No hay pureza en el cambio, solo correlaciones de fuerza que se disputan el sentido de lo que se transforma.

Comparadas entre sí, las revoluciones desde abajo encarnan la potencia de la vida cuando se rebela contra un orden que la degrada, pero también muestran su vulnerabilidad: sin organización, sin proyecto, pueden ser absorbidas por quienes saben traducir el descontento en capital político. Las revoluciones desde arriba, en cambio, exhiben la capacidad del poder para anticiparse, reconfigurarse y blindarse; son el recordatorio de que el cambio puede ser utilizado como técnica de gobierno, como forma de desactivar conflictos bajo la apariencia de modernización. Las revoluciones híbridas, por su parte, revelan la zona más ambigua: allí donde la energía popular y el cálculo de las élites se entrelazan, el resultado nunca está garantizado y el riesgo de que la emancipación se convierta en coartada es tan real como la posibilidad de que el poder pierda el control de lo que ha intentado instrumentalizar.

El dilema de fondo no es, por tanto, elegir cuál de las tres formas es “mejor”, sino entender qué tipo de relación se establece entre cambio y poder en cada caso. En las revoluciones desde abajo, la cuestión es cómo evitar que la fuerza emancipadora sea neutralizada o reconducida hacia soluciones que restauran lo mismo que decían combatir. En las revoluciones desde arriba, el problema es desenmascarar el cambio como dispositivo de continuidad, identificar cuándo la reforma es, en realidad, una sofisticación del dominio. En las revoluciones híbridas, el desafío consiste en no confundir apertura con cooptación, ni participación con legitimación de un orden que solo se reacomoda.

Visto en conjunto, el cuadro es más crítico que celebratorio: el cambio, por sí mismo, no es garantía de nada. Puede abrir espacios de liber-

tad o perfeccionar mecanismos de control; puede redistribuir poder o simplemente redistribuir sus máscaras. La cuestión decisiva no es si hay revolución, reforma o transición, sino quién define su sentido, quién se beneficia de sus efectos y quién queda, una vez más, al margen. Solo a partir de esa mirada comparativa y desconfiada se puede empezar a pensar el cambio no como fetiche, sino como terreno de disputa en el que la emancipación es siempre posible, pero nunca automática.

### **¿Coinciden los motivos y los fines?**

Cuando se examinan los motivos y los fines de las distintas formas de revolución, lo primero que aparece es una disonancia fundamental: no coinciden. Y cuando parecen hacerlo, casi siempre es porque una de las partes ha aprendido a hablar con las palabras de la otra. La retórica del cambio es un terreno disputado, y tanto la multitud como las élites saben que quien controla el lenguaje controla, en parte, el sentido del proceso. Por eso, aunque las revoluciones desde abajo se mueven por la urgencia de justicia y aspiran a transformar las condiciones de vida, las revoluciones desde arriba operan desde una lógica completamente distinta: su motor es la preservación o ampliación del poder, y su horizonte es la estabilización de un orden que siga siendo funcional a quienes lo impulsan. Ambas pueden invocar “progreso”, “libertad” o “renovación”, pero esas palabras no significan lo mismo para quienes luchan por sobrevivir que para quienes buscan asegurar su dominio.

La confusión surge porque el poder rara vez se presenta con su propio rostro. Las élites han aprendido a apropiarse del lenguaje popular para legitimar sus proyectos, a envolver sus intereses en la retórica de la emancipación. Y la multitud, por su parte, puede creer que está protagonizando un cambio histórico cuando, en realidad, está siendo conducida hacia un desenlace que no ha elegido. Esta ambigüedad se vuelve aún más evidente en las revoluciones híbridas, donde ambas fuerzas se mezclan: la masa aporta la energía que desborda, las élites aportan la dirección que encauza. Pero esa mezcla no implica coincidencia de fines. Lo que para unos es una oportunidad de abrir un horizonte nuevo, para otros es una ocasión de reacomodar el tablero sin perder el control.

Comparadas en conjunto, estas dinámicas muestran que la coincidencia entre motivos y fines es más una ilusión que una realidad. Las revoluciones desde abajo buscan alterar la estructura misma del orden;

¿Qué entendemos por “revolución”?

las de arriba buscan modificarla lo justo para que siga funcionando. Las híbridas, en cambio, son el espacio donde ambas voluntades chocan, se contaminan y se disputan el sentido del cambio. Allí, la energía popular puede ser instrumentalizada, pero también puede desbordar los cálculos de quienes intentan manipularla. Nada garantiza que el impulso emancipador llegue intacto al final del proceso, pero tampoco que el poder consiga domesticarlo por completo.

El dilema, entonces, no es si las revoluciones coinciden en sus motivos o en sus fines —porque no lo hacen—, sino cómo se decide quién define el significado del cambio. La historia está llena de momentos en los que la retórica de la liberación ha servido para consolidar nuevas formas de dominio, y también de momentos en los que la astucia del poder ha sido derrotada por la fuerza imprevisible de la multitud. Entender esta tensión es crucial para no confundir la apariencia de transformación con la transformación real, y para reconocer que el lenguaje del cambio puede ser tanto un arma de emancipación como un instrumento de control.

## **Conclusión.**

Aunque compartan el mismo nombre, no todas las revoluciones responden a idénticos impulsos ni persiguen los mismos horizontes. Bajo esa palabra se esconden, en realidad, dos lógicas antagónicas. Hay revoluciones que brotan como un gesto de emancipación, nacidas del sufrimiento acumulado y del anhelo de transformar la existencia misma. Y hay otras que emergen desde la fría arquitectura del poder, concebidas no para liberar, sino para someter; no para abrir posibilidades, sino para reorganizar el tablero sin alterar la mano que lo mueve.

Unas surgen del dolor y de la necesidad vital de romper un orden injusto. Las otras proceden del cálculo estratégico, de la ambición de quienes buscan perpetuar su dominio bajo nuevas formas. Unas aspiran a cambiar la vida; las otras se limitan a cambiar las reglas del juego para que todo permanezca, en el fondo, igual.

Por ello, más que preguntarnos si sus fines coinciden, conviene interrogar quién interpreta el malestar colectivo, quién orienta el curso de los acontecimientos y, sobre todo, quién resulta verdaderamente beneficiado por la transformación que se proclama como “revolucionaria”. Solo entonces podremos discernir si estamos ante un acto de liberación o ante una sofisticada operación de poder.